

LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE Y LENIN

Dr. RICARDO ISRAEL ZIPPER*

¿Hubiese sido posible la revolución bolchevique sin la Primera Guerra Mundial? En agosto de 1914 se derrumba un mundo, el de la sociedad victoriana en Inglaterra, el del zarismo ruso, el del imperio austro-húngaro. Durante cuatro años, muchos países combatirán en una guerra de tal intensidad que se llamó "mundial", la primera de su tipo. Después de años de dolor, de millones de muertos y de un mapa totalmente cambiado se firmó una paz tan inestable que sentó las bases para que dos décadas después el mundo entrara a una guerra aún más terrible.

El mundo de 1914 era inseguro. Había una tremenda herencia de rencores. Alemania al igual que Italia se habían unificado en los 1870's, habían llegado tarde al repato imperialista del mundo y sólo estaban esperando una oportunidad. Estados Unidos y Japón buscaban el momento para consolidarse como potencias mundiales. En Francia, esperaban la ocasión para recuperar las provincias perdidas de Alsacia y Lorena. Ese era el mundo real. En el de fantasía, la mayoría de reyes y emperadores, emparentados ente sí, vivían ciegos ante ese panorama explosivo, con distintos grados de sordera frente a los ruidos del mundo exterior a los gruesos muros de la corte. El grado mayor de ignorancia frente a la realidad correspondía al zar y a la zarina rusa. Más grande sería también el precio a pagar.

La chispa que desencadenó todo fue un ataque terrorista al heredero del imperio austro-húngaro. Ese incidente condujo el 28 de julio de 1914 a la declaración de guerra a Serbia, país donde había tenido lugar el atentado. En esa época, un hombre bajo y astuto se trasladaba a Suiza desde un lugar que era conocido indistintamente como Cracovia por los polacos y Galitzia por los austriacos. Vladimir Illich era más conocido por su nombre de clan-

*Abogado. Doctor en Ciencia Política Universidad de Essex. Profesor Titular de la Universidad de Chile e Investigador de este Instituto.

destinidad y al finalizar la guerra sería universalmente reconocido como Lenin. Pero para que finalizara la guerra era primero necesario que empezara. Rápidamente, como en cadena, el problema con Serbia, se transformó, primero en Europeo y posteriormente en mundial cuando se incorporaron a la guerra Turquía, Japón y Estados Unidos. Velozmente, el 29 de julio se movilizó Rusia. Francia y Alemania lo hicieron el 1 de agosto. Ese mismo día, el Kaiser le declaraba la guerra a Rusia, dos días después a Francia. El 5 de agosto, formal y oficialmente Austria le declaraba el inicio de hostilidades al zar. Los dados de la historia ya habían sido echados y no habría vuelta atrás. No desde el momento que el imperio británico también era parte de la conflagración: dos días antes el premier Sir Edward Grey había pronunciado el discurso más importante de su vida ante la Cámara de los Comunes.

¿Cómo se clausuró con tal facilidad todo un período de paz en la historia? Probablemente ello ocurrió porque las naciones y sus líderes no sabían entonces que estaban inaugurando un nuevo tipo de guerra en la que participaban los pueblos, los países enteros, con todos sus recursos y energías. En agosto de 1914, estadistas, gobernantes, generales, mariscales y almirantes conocían un sólo tipo de guerra: contiendas breves entre ejércitos profesionales que no afectaban mayormente la vida cotidiana de las personas. Además, sobre todo para británicos y germanos, Serbia era un país distante y remoto. No así para el imperio austro-húngaro o para Rusia quienes siempre habían tenido ambiciones territoriales en el área. En nombre del primero, la monarquía de los Habsburgo había combatido por siglos a los turcos.

Así como los otros imperios eran antiguos, el del Kaiser era reciente, tan sólo alrededor de medio siglo. Este antecedente hizo equivocarse a los analistas franceses y británicos, quienes supusieron que la guerra dividiría a las diversas regiones en contra de la hegemonía prusiana. Se equivocaron. Lo mismo ocurrió con la expectativa que el partido socialdemócrata que controlaba casi un tercio del parlamento se opondría al militarismo. No sólo no ocurrió sino que lo apoyaron tan entusiastamente que el Kaiser Guillermo II dijo "no conozco partido alguno, no conozco más que alemanes".

Alemania no fue el único país que marchó a la guerra con alegría al son de las bandas musicales. Casi todos lo hicieron igual. Sólo después que fue notorio el horror, casi con lentitud, la opinión pública empezó a cambiar de opinión. Al principio, los aplausos eran abundantes en todos los lados a pesar que el campo de batalla abarcaba desde el Mar del Norte al Mediterráneo. Incluía no sólo a suelo alemán, francés y ruso; también a los Balcanes y al Cercano Oriente. Alemania y sus aliados estaban rodeados. Alemania

sabía que debía romper el cerco para evitar desabastecimientos de alimentos y materias primas. Su avance inicial es detenido el año 1915 en la llamada "Guerra de Trincheras", fosos en los que hombres vivirán, morirán y soñarán durante años. Aparecen como siniestra novedad las armas afixiastentes, químicas.

Esta guerra de gases no volvería a reaparecer hasta que a setenta y tantos años después Irak las usará en la guerra contra Irán y contra sus propios ciudadanos Kurdos. En esta guerra aparecen los aviones militares y también debutan los tanques. La guerra es mundial desde el momento que se combate cerca de las Malvinas sudamericanas como también frente a la costa de Coronel en el Chile del Pacífico.

La guerra es principalmente terrestre. La única batalla marítima de importancia tiene lugar en 1916 en Jutlandia. Se combate fundamentalmente en territorio europeo pero es indudablemente mundial en sus consecuencias ya que se juega la suerte de importantes territorios coloniales en África, el Medio Oriente y otros lugares. En 1917 se producen dos hechos de decisiva importancia: el ingreso formal de Estados Unidos y el desplome del zarismo ruso, pero la guerra duraría todavía otro año. El 9 de noviembre de 1918, Guillermo II renuncia a los tronos de Alemania y Prusia, tanto para sí como para sus descendientes. Al día siguiente viajaba a Holanda en prevención de que ocurriera algo similar a lo que ocurría en Rusia. Fue la señal de hundimiento, ya que todos los principados alemanes abdicaban o renunciaban. Paralelamente se proclamaba la república. Holanda rechaza la extradición. Turquía y Austria-Hungría ya habían capitulado. El 11 de noviembre en el tren del Mariscal Foch en el pueblito de Rethondes en el bosque de Compiègne se terminaba la guerra.

La guerra había terminado, pero no se sabía que hacer con la paz, menos aún como transformarla en una que perdurara. Ni vencedores ni vencidos se daban cuenta de la profundidad del cambio ocurrido. Al terminar la guerra los países se encontraban extenuados. En muchos lugares, predominaban el hambre, las epidemias y la guerra civil. Muchas ilusiones se habían enterrado en el lodo de las trincheras. Poca gente pensaba ya en la parte heroica de las batallas. El mapa había cambiado en lo físico y en lo político. Las fronteras habían sido rediseñadas. Al empezar la guerra habían diecisiete monarquías y tres repúblicas. Al finalizar, habían trece y catorce, respectivamente.

Nacen nuevos países pero mueren cuatro imperios, el austro-húngaro, el turco-otomano, el del kaiser alemán y el del zar ruso. Diez millones de

muertos, veinte de heridos. Trastornos, desorganización social, crisis económica. Tres tratados intentan asegurar la paz con condiciones extremadamente injustas para los vencidos, el de Versalles (Alemania), Trianón (Turquía) y el de Saint Simon (Austria-Hungría).

Los países y sus gentes mostraban una extraña mezcla de ilusión en un mañana mejor con cansancio frente al sufrimiento. Tanto Lenin como el presidente norteamericano Wilson eran dos versiones de un utopismo exagerado en la capacidad del ser humano para cambiar. En general, frente a la revolución rusa existía una total ceguera para entender la naturaleza del cambio. Se le veía como un trastorno pasajero. Algunos países le concedían a lo más un par de meses de sobrevida. Otros, entre los que se contaban ingleses, franceses, checos, polacos y japoneses intervendrían militarmente contra Lenin para intentar cambiar el curso de la guerra civil. ¿Intervenir para qué? ¿Qué había ocurrido en el país de los zares? ¿Qué tipo de revolución había tenido lugar? ¿Cómo se había producido la revolución?

La Rusia zarista parecía ser el lugar menos indicado para un cambio de esas proporciones. Era un país donde la autocracia había estado presente durante siglos. El primer zar o César había muerto en 1505 con el nombre de Iván III, después que el país dejara de ser tributario de los tártaros. Su antecesor Basilio II emancipó a la iglesia del Patriarca de Constantinopla y se negó a obedecer a Roma, poniendo a la nación en la ruta de su transformación en potencia. Iván IV más conocido como el Terrible inicia el camino de la expansión con la integración de Kazán y Astrakán. En 1613 se inaugura la dinastía Romanov cuando la Asamblea Nacional designa zar a Miguel, el hijo del patriarca Filareto, toda vez que se había extinguido la línea masculina de Rurik. A fines del siglo diecisiete y principios del dieciocho se origina una tradición, la de tratar de modernizar al país desde el poder. Ese fue el intento de Pedro I, el Grande, quien recorre Europa e inicia una serie de reformas, las que son continuadas por otra Grande, esta vez una mujer Catalina II, quien además conquista Crimea y parte de Polonia. La expansión rusa continúa el siglo XIX ganando Besarabia en 1812, año en el que Alejandro I sobrevive a la invasión de Napoleón, el principio del fin para el corso-francés. También sería un hito en otra constante de la historia rusa, la derrota de sus invasores, a pesar que el zarismo es derrotado militarmente por Inglaterra y Francia en la Guerra de Crimea (1854-56) y por Japón en 1904-5.

En Rusia se vivía o muy bien o muy mal. En un extremo estaba la nobleza, en el otro, los siervos, los que son emancipados de una cuasi-esclavitud tan sólo en 1861 por Alejandro II. El Zar es reverenciado con fervor

casi religioso por estos extremos sociales. En 1905, el país recibe el primer aviso de cuan explosiva era la situación social ya que tras la derrota en la guerra con Japón, estalla la Revolución de 1905, casi un ensayo general de la de 1917: obreros y estudiantes organizan los primeros *soviets* (consejos) de su historia. El retraso del país, casi feudal en relación a la Europa Occidental era notorio y se iría a hacer evidente durante la primera guerra mundial, cuyas derrotas militares trajeron aún más sufrimiento. En 1905 la protesta social había sido espontánea y las Fuerzas Armadas permanecieron fieles al autócrata. Doce años después pasó algo distinto y guarniciones enteras se plegaron a los insurrectos que tenían organizaciones y líderes reconocidos. La revolución rusa de 1917 es un proceso o drama en dos actos, ya que en realidad existieron dos revoluciones, la de febrero y la de octubre o más bien la de marzo y noviembre.

¿Confundido/a? No debiera, ya que todo se explica por el calendario, toda vez que el zarismo se regía por el viejo calendario juliano cuyas fechas difieren alrededor de trece días del que predomina en Occidente. El derrumbe del régimen comienza el 23 de febrero o 8 de marzo de 1917. El estallido sorprende a amigos y enemigos de Rusia al igual que al zar Nicolás, hombre débil e irresoluto, dominado por la zarina Alejandra Feodorovna, supersticiosa y angustiada por la hemofilia de su hijo, el zarevich Alexis. Buscando una cura conoció a un campesino siberiano a quien se le atribuían poderes milagrosos. En esa forma Rasputín se transformaría en el hombre más poderoso del país hasta su asesinato por el príncipe Yusupov en diciembre de 1916. La muerte de este siniestro personaje fue interpretada como un acto político. El 23 de febrero (8 de marzo), centenares de miles de obreros marcharon a la huelga. Las tropas acantonadas en Petrogrados eran en su mayoría padres de familia eximidos de ir al frente por esa condición. Tres días después una compañía se negó a disparar sobre la multitud. La desobediencia se transformó rápidamente en motín cuando varios oficiales fueron ejecutados y se reprodujo la situación en Moscú y Kiev. Los ministros del zar se vieron sobrepasados. Decretaron la disolución de la Duma o Parlamento. No se les hizo caso. Por el contrario, los soldados amotinados presionaron la formación de un gobierno provisional, el que sería dirigido por poco tiempo por un príncipe liberal, Lvov. Este gobierno se vio a su vez rápidamente sobrepasado por los acontecimientos. Los *soviets* de obreros y militares se extendieron con rapidez por todo el territorio, a veces espontánea y a veces concertadamente, pero con el mismo objetivo: vigilar o reemplazar a un poder estatal que se resquebrajaba en todas partes. En el propio palacio de Taurida estaba representado este poder dual, el de los *soviets* y el de la duma, los que ocupaban cada uno una ala. La figura de Alejandro Kerenski. Ministro de

Justicia empezó a adquirir prominencia como portavoz del gobierno provisional. Por su parte, los generales preocupados de la guerra con Alemania dudaron por primera vez en su fidelidad al zar y aceptaron la legitimidad del gobierno provisional, el cual le propuso al zar que abdicara. Nicolás II cedió y designó como sucesor a su hermano, el gran duque Miguel, ya que no quiso separarse de su querido y enfermo hijo, el zarevich Alexis.

El 2 (o 15) de marzo abandonó formalmente el trono. El tono de su discurso muestra claramente que no entendía el tipo de revolución en la que había ingresado Rusia. Sus palabras pedían amor a la patria, cumplimiento del deber y obediencia al gobierno provisional. Mientras tanto, su sucesor no lograría asumir. Los revolucionarios solicitaban la transformación del país en república. El propio gobierno discutía la convocatoria a una Asamblea Constituyente para decidir ese tema, por lo que Miguel no quiso aceptar la responsabilidad del trono en esas condiciones. Un papel destacado en la abdicación lo habían cumplido los embajadores de los países aliados en la guerra, creyendo que ello ayudaría al triunfo bélico. También se habían equivocado al diagnosticar el carácter de la revolución rusa. Rápidamente el desorden se generalizó a través de los inmensos territorios. Los soldados abandonaban el frente y regresaban a repartir la tierra. Las comunicaciones se cortaron y bienes de la iglesia y la corona fueron repartidos y las propiedades, simplemente ocupadas. El embajador británico, sir George Buchanan informaba a su gobierno que el país no estaba preparado para la democracia y que el desorden era tal que él pronosticaba que durante años se enfrentarían revolucionarios y contrarrevolucionarios, aludiendo a las rebeliones campesinas de principios del siglo XVIII. Los conflictos entre el gobierno provisional y los soviets, sobre todo el de Petrogrado eran cada vez más notorios. En este período que media entre la revolución de Febrero (marzo) y la de Octubre (noviembre) destaca la figura, a la vez trágica y penosa de Alexander Kerenski, el cual nació en 1881 y estudió Derecho. Al aparecer la revolución de Febrero, adquirió notoriedad con la presidencia interina del soviets de Petrogrado. Sin embargo, con posterioridad la velocidad de los acontecimientos aplastaría la moderación de su partido. Kerenski fue Ministro de Justicia y también de Guerra. Se proclamó dictador para enfrentar la sedición del general derechista Kornilov. Terminó su carrera política al ser derrotado por los bolcheviques. En 1940 se trasladó a Estados Unidos donde moriría. El gran triunfador de estas convulsiones que convertirían al otrora hábil Kerenski en una figura decorativa sería un exiliado, alguien a quien el estallido revolucionario sorprendió en Suiza, aislado de casi todos por diferencias doctrinarias. Vladimir Ilich Ulianov, *Nikolai Lenin*, había nacido en 1870. Su oposición al zarismo se hizo total cuando su hermano mayor fue ejecutado el 8 (21) de

marzo de 1887. Después de haberse graduado de Derecho, fue detenido en 1895 acusado de actividades revolucionarias y desterrado a la inhospita Siberia, donde desposa a Nadia Krupskaja. En 1900 se radica en Suiza, donde inicia la publicación del periódico agitativo, "La Chispa". Dos años después se traslada a Londres, desde donde viaja por todo el continente europeo haciendo labor proselitista entre emigrados rusos.

Lenin deseaba influir en los acontecimientos que estremecían a su patria. El único problema es que para que ello fuera posible necesitaba primero estar presente y ello era extremadamente difícil toda vez que había una guerra entremedio y alrededor de mil kilómetros controlados por el enemigo. En otras palabras, era imposible llegar sin el visto bueno de los alemanes. Dos socialistas suizos hicieron de gestores ante el ejército del kaiser y el grupo de rusos viajaron separados del resto de los pasajeros durante tres días por una raya que se habían comprometido por escrito a no traspasar como tampoco bajarse o hacer propaganda política. Los germanos colaboraron creyendo que ello debilitaba al rival zarista, sin entender que este viaje se transformaría en uno de los hechos claves de uno de los virajes políticos más espectaculares de la historia humana y hasta el día de hoy es notable y difícil de explicar como un exiliado regresa después de quince años a un país inmenso en condición de virtual caos, para dominar con rapidez la situación y sobre todo, para establecer un tipo de régimen político totalmente novedoso y con bases doctrinarias inéditas.

La idea de Marx se había transformado en acción, la potencia en acto y se lograba el poder como para transformar una sociedad concreta. Había nacido el *leninismo*.